

# HOWARD FAST

LA PASION  
DE  
SACCO Y  
VANZETTI

Polémico proceso por asesinato celebrado en Massachusetts, que duró desde 1920 hasta 1927. Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, dos emigrantes italianos que llegaron a Estados Unidos en 1908, fueron acusados del asesinato de un cajero y de un vigilante y del robo de más de 15000 dólares en una fábrica de zapatos de South Braintree (Massachusetts) el 15 de abril de 1920. La ejecución de Sacco, zapatero de profesión, y de Vanzetti, vendedor ambulante de pescado, en 1927, suscitó una unánime repulsa internacional.

A esos valientes norteamericanos que —hoy como ayer— han aceptado la presión y hasta la muerte antes que traicionar los principios en los cuales creían, la tierra que amaban, o el pueblo de cuya confianza eran depositarios.

## Prólogo

El día 15 de abril del año 1920 tuvo lugar un robo cuidadosamente planeado y despiadadamente ejecutado en la localidad de South Braintree, Massachusetts. En el curso de este robo, fueron muertos por los bandidos un pagador y un guardia de la empresa.

Posteriormente, dos hombres, Nicolás Sacco, obrero zapatero, y Bartolomé Vanzetti, ex panadero y peón de un horno de ladrillos y en ese momento vendedor ambulante de pescado, fueron detenidos acusados de haber cometido este robo y doble asesinato.

De acuerdo con las leyes del estado de Massachusetts, se escuchan las peticiones y se interponen los recursos antes de que el juez dicte sentencia en el caso. En éste, el caso Sacco y Vanzetti, esos recursos, peticiones y mociones se extendieron a lo largo de más de siete años. Y sólo el día 9 de abril de 1927 el juez que entendía en la causa, condenó a muerte a los dos hombres y a continuación ordenó que esa sentencia fuera ejecutada el día 10 de Julio de 1927.

Sin embargo, por distintas causas, la ejecución de esta sentencia fue postergada hasta el día 22 de agosto de 1927.

## Capítulo I

Las seis de la mañana es el comienzo del día. Si el día empieza entonces, faltan dieciocho horas para la así llamada medianoche que, para tanta gente, es el fin del, día.

A las seis de la mañana, los animales y las cosas cercanas a los animales huelen el día y sienten el día y los peces se dan vuelta y muestran sus vientres y miran la luz mortecina que les llega al agua. Los pájaros, volando a gran altura, pueden ver el borde del sol, y a ras de tierra, el polvo se confunde con la neblina que se levanta, y surgiendo de esta neblina, como un castillo medieval, se halla una prisión de forma octogonal.

En los muros de la prisión, los que montan guardia, vuelven sus ojos sombríos y hueros a la luz. Pronto cantarán los gallos y la luz volverá a brillar sobre la tierra. El celador es un hombre como cualquier otro. Hay pensamientos que piensa y sueños que sueña, pero además tiene conciencia de que toda una historia de la civilización, un infinito eco del restallido del látigo, lo separa de la gente común, como usted y como yo. Él es diferente, a él se han confiado las mejores esperanzas y los más horribles temores y él debe guardarlos con su pistola y su macana.

A esa misma hora de la mañana, dentro de la prisión, en la Casa de la Muerte, se ha despertado un ladrón. El casi inaudible susurro y el crujido y el gemido de una tierra calentada por el primer asomo de la luz, lo han despertado; y él se incorporó en su camastro, y bostezó y sintió que el miedo reptaba por sus huesos y por su sistema circulatorio,

en el mismo momento en que empezaba a tomar conciencia de su despertar.

Este hombre se llama Celestino Madeiros. Tiene veinticinco años, apenas ha salido de la adolescencia y no es mal parecido. Todos esos años horribles de odio y violencia y pasión han dejado en él menos huella de lo que uno pudiera imaginar. Tiene la nariz recta, una boca grande y carnosa y cejas rectas. Sus ojos negros están cargados de miedo y de nostalgia.

Este hombre es Madeiros, el ladrón. Pasa del sueño a la conciencia y al hacerlo se da cuenta de que ha comenzado su último día de vida en la tierra.

Esta idea lo hace estremecer y los escalofríos le recorren el cuerpo, A pesar de que es pleno verano y el tiempo está caluroso, él se cubre con la frazada en un intento de detener los escalofríos y dar un poco de calor a su aterido corazón. Pero no lo consigue y se estremece una y otra vez. Así acaba de despertarse, dominado por el frío del terror.

Primero, Madeiros intenta tranquilizarse imaginando que él no está allí; cierra los ojos y se zambulle en sus recuerdos para creer así que está en otra parte completamente distinta, que no es un adulto de veinticinco años, que es otra vez un escolar de New Bedford, Massachusetts. Piensa en sus días de colegio. Se ve sentado en el aula donde la maestra le enseña aritmética, en la que se desempeñaba bien, porque siempre tuvo facilidad para los números, y después en otra aula, con otra maestra, donde le enseñaba a pronunciar y a escribir palabras en ese complejo idioma que su padre y su madre habían elegido para él, en el mismo momento que eligieron la ciudad de New Bedford, el estado de Massachusetts, la república norteamericana. Y aquí le iba mal, porque no podía llegar a comprender esos extraños sonidos.

El pensamiento de esa elección que habían hecho y de su venida a este país, lo arrancó de la escuela y lo trajo de vuelta a la prisión. Y entonces los maldijo por no haberse

quedado en las Azores, donde habían vivido todas las generaciones de Madeiros hasta que sus padres decidieron emigrar a los Estados Unidos. Y cuando comprendió que aquí y ahora, en este último día de su vida, estaba maldiciendo a sus padres, a su padre y a su querida madre que lo había traído al mundo, saltó de su cama, cayó de rodillas y empezó a orar.

El ladrón oraba por sus pecados. Pecados tenía muchos, más que suficiente. Había bebido y había jugado y había fornicado y había robado y había matado. Unió sus manos, escondió la cara entre las cobijas de la cama, empezó a murmurar: «Madre de Dios, perdóname por todo lo que he hecho. He cometido todos los pecados que un hombre puede cometer, pero quiero ser perdonado. Todos estos días y estos meses he estado pensando en mí y en mi suerte y en lo que hice y en lo que me trajo aquí y he comprendido que en parte la culpa no fue mía. ¿Acaso quise yo ser un pecador? Lo único que buscaba en el mundo era piedad. Todo lo demás ocurrió. Pero piedad es lo que yo buscaba. No quiero que triunfe el mal. Yo traté de enmendar el mal que había hecho. Nadie debiera sufrir por mi culpa. Yo confesé mi crimen. Yo liberé de culpa a los otros dos, al zapatero y al vendedor de pescado. ¿Qué más puedo hacer? ¿Acaso quise nacer? ¿Acaso yo te pedí que me trajeras a este mundo? Pero ya estoy aquí y me arreglé en él como pude. Y ahora esto se acabó. Y yo sólo pido piedad».

Así terminó sus oraciones, pero aun después de haber terminado siguió murmurando su nombre como si tratara de sacar de él alguna fórmula mágica. «Yo soy Celestino Madeiros», repetía incansablemente. Y después que lo hubo repetido no menos de veinte veces, su voz se quebró y escondiendo el rostro entre sus manos se echó a llorar. Lloraba muy quedamente, porque sabía que era temprano y no quería despertar a los otros presos. Pero si alguien hubiera podido verlo y oírlo se habría sentido conmovido. Ha-

bía una nota emocionante en esta enorme pena que sentía por él mismo y por su triste fin.

Había sido condenado a morir en la silla eléctrica y esta noche sería ejecutada la sentencia. Había vivido solamente veinticinco años, y de estos pocos, varios había pasado en la cárcel; y sin embargo eran asombrosa la cantidad de pecados que había alcanzado a cometer en ese tiempo tan breve que había sido el suyo sobre la tierra.

Como niño fue rebelde y salvaje, lleno de odio, de ira y de desesperanza; y creció en la pobreza, encorvado y frustrado en las callejuelas, primero de New Bedford, Massachusetts, y después de Providence, Rhode Island. En la escuela, aprendió muy poco. Pensaban que era un niño retardado y los otros chicos lo insultaban y lo motejaban por la dificultad que tenía en hablar su idioma. «Retardado, tarado», lo llamaban. Pero la verdad era que tenía muy mala vista y le dolían los ojos cuando los fijaba demasiado tiempo o con demasiada intensidad en cualquier objeto.

Así fue como empezó a eludir la escuela, y a aprender otras cosas. A los doce años ya estaba robando en los depósitos y en los trenes de carga a los catorce. A los quince ya conocía las tácticas del rufián y se ceñía a la ética de las celestinas. Dividía su vida entre las mesas de billar y los prostíbulos y bebía largos, grandes sorbos de la civilización que habían puesto a su disposición. Al llegar a los diecisiete ya tenía cinco asaltos en su haber. Y seis meses después cometió su primer homicidio.

Dicho en una palabra, era un ladrón. Ahora, lo que lo había conducido a serlo era un conjunto de circunstancias tan intrincadas que él no lo podía comprender ni menos explicar. Y por lo demás nadie tenía interés en explicarlo. Cuando los policías lo detenían, le pegaban brutalmente porque veían que era un ladrón; eso era algo que estaba grabado, impreso en todo su ser, y por eso era evidente que había que pegarle.



Y en consecuencia, él hacía lo que podía para que la policía no lo detuviera, y a ese fin empleaba la poca astucia que tenía.

Una y otra vez se encontró con la posibilidad de un trabajo honrado. Y una y otra vez lo rechazó. No sabía vivir de su trabajo así como no sabía vivir sin ser un ladrón. Frente al trabajo sentía miedo y desprecio y horror y desconfianza. Así es que cuando se encontraba con la posibilidad de un empleo, la eludía.

Una vez que su camino estuvo trazado, todo lo demás que le ocurrió ya era inevitable. Las cosas le iban sucediendo con una matemática regularidad. Y ese suceder marcaba la miserable lógica de su vida. Y era consecuencia, de la miserable lógica que regía su vida, el que tarde o temprano él cometiera o participara en un asesinato.

Quería la miserable lógica que regía su vida y existencia que cuando tenía dieciocho años y un mes, lo buscaran en Providence, donde era conocido. Dos hombres se le aproximaron. Eran hombres con ojos fríos y duros, y ya se habían dicho en su fuero íntimo que Madeiros era un hombre de su clase. Por eso lo buscaron y le hablaron de un «trabajo» que habían planeado y le preguntaron si él quería ser de la partida.

Y él dijo que sí, que quería.

Había mucho dinero en ese asunto. Si entraba, viviría como un rey, con los bolsillos llenos de dinero y así podría comprar whisky y mujeres hasta hartarse.

Sí, él entraría.

Un día después de esta conversación, el 15 de abril del año 1920, este ladrón, Celestino Madeiros, subió a un automóvil con otros hombres. Se dirigieron hacia el norte, de la ciudad de Providence en Rhode Island a la ciudad de South Braintree en Massachusetts, adonde llegaron poco antes de las tres de la tarde. Estacionaron el coche frente a una fábrica de calzado. Dentro de la fábrica estaban preparando una caja de pagos de 15,776 dólares para abonar la quincena a

todo su personal. Ellos lo sabían porque tenían un informante dentro de la fábrica. Por eso estacionaron el automóvil y esperaron hasta que terminaran de preparar las liquidaciones y entonces los dos pagadores salieron de la fábrica llevando el dinero en dos grandes cajas de metal. Esto ocurrió uno o dos minutos antes de las tres. Cuando aparecieron estos hombres, dos de los que estaban en el coche bajaron y se aproximaron a ellos y los mataron a sangre fría, sin siquiera darles ocasión de rendirse, o de huir. Los dos hombres alzaron las cajas y volvieron al coche, y después éste partió.

Todo había sido muy fácil para Madeiros. Él sólo tuvo que estar sentado en el coche con la pistola lista. Esta vez no tuvo que matar. Otros lo hicieron por él. Y cuando repartieron el botín, casi tres mil de los dólares le tocaron a él.

Si la vida de Madeiros había sido inevitable, también lo era su muerte. Si lograba eludir el castigo de un crimen lo condenaban por otro. Y aquí estaba, siete años después, esperando su ejecución en la Casa de la Muerte.

La terrible ironía de esto estaba en que ese mismo día serían ejecutados otros dos a quienes se acusaba del doble crimen de South Braintree; el crimen que Madeiros había presenciado, el crimen del que Madeiros había sido un cómplice.

Y Madeiros lo sabía. Madeiros conocía a estos dos hombres.

Uno de ellos era un obrero zapatero llamado Sacco. El otro era un vendedor ambulante de pescado cuyo nombre era Vanzetti, y los dos eran sencillos trabajadores italianos. El mismo Madeiros no era italiano sino portugués, pero sin embargo se sentía emparentado con estos hombres y su tenso, aterrado corazón latía por ellos. Durante los años que había pasado en la cárcel, había pensado mucho en estos dos hombres que habían sido condenados a muerte por un crimen que no habían cometido, pero que él sí había cometido, o al menos, había ayudado a cometer. Tam-

bién había pensado en muchas otras cosas durante su largo encierro, muchas otras cosas además de este crimen en particular. No le resultaba fácil pensar. No tenía una base racional de conocimiento en torno a la cual agrupar sus pensamientos y por eso el proceso de pensar era lento y penoso, y muy a menudo no conseguía llegar a ninguna conclusión lógica. Quizás pudiera decirse que lo que una persona normal podía pensar en un par de horas, a Madeiros le costaba largas semanas.

Sin embargo, de todos estos procesos mentales emergió una especie de comprensión de su propia situación, de su vida, de su destino y también una comprensión de las irresistibles fuerzas que habían actuado sobre él y lo habían llevado, paso a paso, hasta su trágico fin. De sus pensamientos surgió también un sentimiento de piedad por él mismo y por otros y a veces lloraba y a veces oraba. Y en un instante, durante un intervalo entre dos plegarias, llegó a la comprensión de que él no debía permitir que esos dos hombres, Sacco y Vanzetti, perecieran por un crimen del que eran inocentes, pero en el que él mismo sí había participado. Una vez que hubo comprendido esto, una especie de paz se apoderó de él, se relajaron las tensiones que lo desgarraban.

Y aún ahora, después de tanto tiempo, recordaba bien la profunda serenidad con que escribió su primera confesión y trató de enviarla desde la cárcel a un diario que solía leer: el *Boston American*. Pero en lugar de llegar al diario, la confesión fue a parar a manos del jefe de policía, que destruyó la carta y trató de que el asunto acabara allí.

Pero Madeiros no estaba dispuesto a que las cosas quedaran así y escribió una segunda confesión y ésta se la dio a uno de los presos de buena conducta que barría los corredores y este preso la llevó por todo el pasillo flanqueado de celdas y se la dio a Nicolás Sacco. Después el penado le describió a Madeiros cómo Sacco había leído esa carta y como había empezado a temblar después de leerla y como

después había empezado a llorar y como las lágrimas le surcaban las mejillas. Y cuando el pobre Madeiros oyó esto, su corazón volvió a llenarse de alegría y una vez más sintió esa espléndida sensación de paz y sosiego.

Pero muchos, muchos meses habían pasado desde entonces. Madeiros no sabía todo lo que había ocurrido después que su confesión llegó a manos de Sacco. Pero sí sabía que no había logrado alterar la larga secuencia de hechos ya perfectamente planeados, los que a él concernían, o los que concernían a Sacco y Vanzetti. Los tres iban a morir. Él, Celestino Madeiros, por crímenes de los que era culpable, y el zapatero y el vendedor de pescado por crímenes de los que eran inocentes...

El ladrón terminó sus oraciones, se puso de pie, y se acercó a la pequeña ventanilla de su celda, por la que pudo contemplar la luz del nuevo día.

En la brumosa mañana sólo pudo ver un trozo del gran murallón de la cárcel. Pero su imaginación fue más allá de ese muro, y de pronto sintió una inmensa dicha y se le ocurrió que ese día sería liberado, y su alma volaría libremente hasta cualquiera que fuese el juicio que le esperaba. Pero este instante de dicha fue muy fugaz. Murió tan súbitamente como había nacido, y Madeiros volvió a su camastro teniendo otra vez al helado terror por único compañero.

Quería orar otra vez, pero ya no se le ocurrían oraciones apropiadas para ser dichas por él en ese lugar y en esa hora. Se sentó en su lecho y escondió el rostro entre sus manos, y después de un momento, empezó a llorar otra vez. Las lágrimas le venían con más facilidad que las oraciones.

## Capítulo II

El alcaide se despertó de un sueño que ya le iba siendo familiar. Eran unos sueños que se repetían noche a noche como las enfermedades crónicas, y en la mayoría de ellos, se invertían los papeles, el que era alcaide aparecía como penado, y el penado como alcaide. Ahora se despertó a la ya brillante luz de la mañana y medio en sueños todavía, vio por su amplio ventanal los rayos del sol en los patios y el cielo azul, sin una nube. Pero las personas y los colores y las palabras que estaban en su sueño siguieron todavía, por un momento, más cerca de él que la brillante realidad de su despertar.

En su sueño, él siempre protestaba de la misma manera. Siempre sentía el mismo temor, la misma terrible frustración. Siempre discutía:

—Pero yo soy el alcaide.

—Eso no importa.

—Pero ustedes parecen no comprender. Yo soy el alcaide de esta prisión.

—Eres tú el que no entiende. Como te dijimos antes, eso no importa en lo más mínimo.

—¿Quiénes son ustedes?

—Tampoco se trata de eso. Se trata de que te quedes bien quietito y hagas lo que te dicen. Y no molestes.

—Pero ustedes parecen no saber con quién están hablando. Están hablando con el alcaide. Yo puedo ir y venir como se me dé la gana. Yo me puedo ir de aquí cuando se me antoje.

—Ah, no. Eso sí que no. No puedes irte de aquí cuando se te antoje. En realidad, no podrás irte nunca de aquí.

—Por supuesto que puedo.

—Esos son tus delirios de grandeza. Delirios que no tienen nada que ver con la realidad tal cual es, y no los vamos a tolerar más. Estás en la cárcel. Y vas a hacer lo que te indiquen. Los labios cosidos, mucha atención a las órdenes que te den, pórtate siempre bien y así vamos a andar bien aquí.

Así solía ser siempre el diálogo. Nunca le querían creer que él era el alcaide. Por más que discutiera o argumentara o demostrara con pruebas que él era, efectivamente, el alcaide. También ellos tenían pruebas. Una vez, en un sueño, le habían preguntado:

—¿Quién decide ser, o proyecta ser o sueña ser un celador, o incluso un alcaide? ¿Quién? Un niño sueña con ser bombero, policía, soldado, médico, abogado, corredor de autos, pero ¿a quién se le ha ocurrido en todo este ancho mundo soñar con ser celador o alcaide?

Despierto, el alcaide reflexionaba sobre la profunda verdad de este curioso desafío contenido en su sueño, Por momentos, cuando se tenía lástima, le parecía que la gente que trabajaba en las prisiones eran hombres, juguetes del viento, que llegaban así a un destino que no era el que habían elegido. Esta mañana quería creer eso. Se despertó con una enorme sensación de vaciedad. En alguna, parte, mientras dormía, por el camino, había perdido algo; y sabía que hoy ya no lo encontraría. Trató de decirse que hoy era un día que no había hecho ni ordenado.

Con tales pensamientos se sentó en su lecho, metió los pies en las pantuflas, y fue a lavarse y afeitarse, y adquirir el aspecto que debe lucir un alcaide. Hizo sus abluciones y se peinó, y todo el tiempo estaba discutiendo consigo mismo, diciéndose que él no tenía la culpa.

Mientras lo pensaba, tuvo la súbita sensación de que todos aquellos que, de un modo u otro, estaban vinculados a

las ejecuciones del día estarían diciéndose lo mismo. Que todos se estaban en ese momento absolviendo a sí mismos. Su propia absolución era un asunto de mediana importancia. Él no era ni la persona más importante ni la menos importante entre las que tenían algo que ver con las ejecuciones. Él había sido el alcaide antes de este día, e incuestionablemente lo seguirla siendo cuando este día hubiera transcurrido. Las cosas se irían calmando. Uno no tenía más que recordar qué facilidad de olvido tiene la gente. La gente olvida cualquier cosa en esta tierra. Nunca nació un amante que a su debido tiempo no pudiera olvidar su más grande y verdadero amor. Por muy verdadero que éste hubiera sido. El alcaide, por lo menos en cierto sentido, era un filósofo. Éste era uno de los males del oficio. Casi se podría decir, una enfermedad profesional. Sabía que todos los alcaides eran filósofos. Como los viejos capitanes de ultramar; la misma arca que gobernaban les daba una dignidad que no concordaba con su tripulación ni con los pasajeros que llevaban.

«Bien», se dijo esa mañana, «no vale la pena seguir pensando en eso. Llegó el día que tenía que llegar, y a su debido tiempo habrá pasado. Lo que hay que hacer es ocuparse de que todo marche bien, y hacer que las cosas sean tan fáciles y cómodas como se pueda».

Terminó de vestirse, y decidió que se daría una vuelta por la Casa de la Muerte antes del desayuno. Cruzó el patio y fue saludado por el jefe de la guardia y también por uno o dos de los penados que cumplían las tareas internas de la cárcel y que ya estaban entregados a su trabajo. La vida de la prisión que él dirigía ya había comenzado. Las pesadas puertas metálicas se abrían con estrépito y se cerraban en silencio.

Pasaban los penados empujando carritos llenos de ropa sucia. Se oía el estrépito de ollas y cubiertos, la cocina era un vivero de actividad, así como la panadería, y ya estaban barriendo e higienizando los corredores y los baños, pasán-